

“EN LOS MOMENTOS DE CRISIS TIENE QUE SURGIR LA MAYOR CREATIVIDAD”

Lisandro Pontarelli y Andrea Vogt

Los orígenes

Nací el 8 de agosto de 1975 en Esperanza, Provincia de Santa Fe, hijo de Elvio y Silvana. La familia se completa con mi hermano Alejandro, con quien formamos PG Metalúrgica, y tres hermanos más que se dedican a otras actividades.

Mi padre tiene desde hace muchos años un negocio de venta de bicicletas, pero quien fue mi mayor influencia metalúrgica fue mi abuelo materno, Roberto.

Hace unos cuarenta y cinco años atrás, él se radicó en Esperanza, proveniente de la ciudad de Lincoln, en la Provincia de Buenos Aires. Llegó como empleado de una fábrica de secadoras de granos. Al cabo de un tiempo, empezó con su propio tallercito, que fue creciendo hasta que pudo montar su propia planta.

Cuando tenía vacaciones de la escuela, mi abuelo nos llevaba a mí y a Alejandro a trabajar en su fábrica para que nos ganemos unos pesos. Un día, ya pensando en jubilarse, vendió la empresa a su hija y yerno.

Yo estaba terminando la secundaria en la Escuela Técnica Juan Manuel Pizarro, de Santa Fe. El estudio no me gustaba. Lo mío era la industria.



Como no tenía planes de seguir estudiando, en 1995, un año antes de finalizar el secundario, mi abuelo me dijo: *“Yo te voy a comprar un torno y vas a hacer la tornería de la fábrica”*.

Como su ex fábrica no tenía tornería, iban a subcontratar en mí todos sus trabajos. Empezamos a trabajar juntos como proveedores de esa firma. Así comenzó aquel proyecto de abuelo y nieto.

El crecimiento

Empezamos con algunas piezas pequeñas de tornería, y luego se fueron sumando otras. Además, anexamos otras actividades, como el armado de piezas de máquinas. Un tiempo después, se incorporó mi hermano Alejandro, dos años menor que yo.

Algunos años después, hacia 1997, la fábrica nos suspendió las compras. Nos quedamos sin nuestro único cliente. Con dos empleados, tuvimos que reconvertir nuestro taller.

Junto con mi abuelo, a sus setenta años, salimos a ofrecer nuestros servicios a los clientes que él tenía de su actividad anterior, que lo consideraban una persona muy recta y responsable.

Todo fue muy difícil desde un principio, no teníamos muchas herramientas, no éramos conocidos y tampoco estábamos en buena condición económica recién empezábamos, pero lo que sí teníamos eran muchas ganas de trabajar.

Así fue como un buen día nos contrataron para fabricar una secadora de granos para una empresa de Esperanza. No teníamos idea de cómo hacerla. Siempre habíamos realizado piezas de secadora, pero nunca una máquina completa. Como nos gustó el desafío, la fabricamos. Todo de manera manual, con mucha inventiva, a prueba y error.

Ese fue el trampolín para dejar de ser proveedores de otra fábrica y convertirnos nosotros mismos en fabricantes. Un cliente llevó a otro, y cuando nos quisimos dar cuenta, ya teníamos mucho trabajo y el lugar empezó a quedarnos chico.

En este momento tomamos definitivamente la posta Alejandro y yo, nos mudamos al inmueble donde estaba la vieja fábrica de mi abuelo, de la cual él seguía siendo dueño. ¡Era enorme! Mi abuelo nos cobraba el alquiler por ese espacio; su idea era enseñarnos a ganar lo que teníamos.



Superando las crisis

En el 2000 y 2001 pasamos momentos muy difíciles. Contábamos con seis empleados, pero casi no había trabajo. Lo poco que entraba costaba mucho cobrarlo. Y si los clientes nos pagaban con bonos provinciales, no teníamos cómo usarlos.

Tuvimos que endeudarnos para seguir pagando los sueldos. Nos salvó que no teníamos una estructura grande.

A partir de 2002 y 2003, con el auge agropecuario, llegó una nueva época de expansión. Llegamos a tener treinta empleados y a hacer jornadas de veinticuatro horas. Pudimos comprar un terreno y construir nuestra propia fábrica desde cero. Lo pagamos con Lecop, un bono provincial. En 2006, nos instalamos en nuestra actual ubicación.

En 2008, nos sorprendió una nueva crisis, por el conflicto del campo. Los productores congelaron sus compras. No teníamos trabajo y un cliente nuestro compró una pequeña planta de biodiesel, entonces se nos ocurrió que podíamos salir a ofrecer ese producto, aunque no sabíamos nada acerca de él.

Cuando se enteró, un cliente nos pidió que le hiciéramos una planta de extracción de aceite. Porque la extracción de aceite es la primera etapa de la producción de biodiesel.

Acordamos hacer la planta, aunque no sabíamos cómo iba a resultar. Nunca lo habíamos hecho. Pero fue un boom. Desde aquel momento tuvimos una enorme demanda de plantas de aceite. Cada día recibíamos un llamado para hacer una nueva.

En esa etapa cambió radicalmente nuestro perfil de empresa. El 90% de nuestra producción se orientó a las plantas de aceite. Apenas el 10% quedó para los silos y las plantas de secado.

PG Metalúrgica, hoy

Actualmente, PG Metalúrgica es una empresa especializada en silos, plantas para secado de granos y plantas para extracción de aceite.

Nuestras plantas son todas a medida.

Trabajamos en un espacio de 1.700 m² en un predio de 3.000 m². La empresa está a cargo de la familia: mi hermano Alejandro con su señora Lidia; mi esposa Andrea y yo. Además de la familia, tenemos doce operarios.

La nuestra es una PyME familiar, donde trabajamos codo a codo con los empleados. Además de dirigir la planta y ocuparme de temas comerciales, yo mismo paso tiempo con el torno. Mi hermano Alejandro hace los trabajos más técnicos, todo lo que requiere mano de obra muy meticulosa.

Nuestras plantas se usan en todas las partes del país donde hay producción de soja. Hemos desarrollado proyectos en Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Buenos Aires, Santiago del Estero, Chaco, La Pampa, Formosa, y también en Uruguay y Chile.

Nosotros fabricamos el equipo y lo enviamos desarmado al cliente. Después vamos a armarlo. Vamos nosotros mismos y compartimos el tiempo con nuestros empleados mientras trabajamos, pero también después de hora, mientras nos alojamos juntos. Tratamos de generar un clima de sociedad, porque si a la empresa le va bien, a ellos también les va a ir bien.

Para los productores rurales, nuestros productos representan una mayor libertad. Ya no tienen que vender sus granos en forma bruta, cobrando el precio que estén dispuestos a pagarles. Pueden elegir industrializarlos ellos mismos y darles un uso alternativo, como alimento para animales.

Nuestros principios se basan en ofrecer productos de calidad y excelencia en la atención al cliente.

El futuro

Andrea: Nací el 5 de febrero de 1976 en Esperanza. Nos pusimos de novios a los dieciséis años, y nos casamos en 1996. En el '97 nació nuestra primera hija, Giana, que estudia Licenciatura en Turismo y en 2001 nació Nicole, que está en cuarto año del secundario.

Todo lo hicimos juntos, en las buenas y en las malas.

Me recibí de perito mercantil en la secundaria, y lo que aprendí lo aplico a la empresa, en la parte administrativa, junto con mi cuñada Lili que también estudió lo mismo. También nos sirvieron mucho los cursos de capacitación de ADIMRA. Aprovechamos los cursos de soldadura para nuestros empleados, y de gestión de costos para nosotros.

Lisandro: Alejandro y Lidia tienen dos hijos: Tomás, de veintiuno y Chiara, de dieciséis. Ellos disfrutaban mucho de las actividades deportivas y a Alejandro le gustan mucho las motos. Tomás es estudiante de Diseño Industrial y Chiara está cursando cuarto año del secundario.

En mi tiempo libre, practico tiro con arco. Compito a nivel nacional y formo parte del seleccionado argentino. Entreno dos horas por día, cuando salgo de la fábrica. Como actividad de familia, a mi señora y a mí nos gusta viajar en moto.

La nuestra es la historia de una familia que se dedica a hacer industria en un país donde todo es muy cíclico y donde es difícil prever lo que pasará. En los momentos de crisis es cuando tiene que surgir la mayor creatividad. En esos momentos nos pusimos a desarrollar nuevas máquinas que después se convirtieron en productos exitosos.

Y también aprendimos que mantener la flexibilidad es una ventaja. Nunca nos dedicamos a una única cosa. Cuando no teníamos trabajo, nos adaptamos a lo que hacía falta en el momento. Cuando había que hacer una secadora, hacíamos una secadora. Cuando era una noria, hacíamos una noria. Si nos pedían un galpón, era un galpón.

A sus ochenta y ocho años, nuestro abuelo está orgulloso de nuestro trabajo y cada vez que sale una nueva obra se emociona. Le demostramos que supimos responder al voto de confianza que él nos dio.

Hoy seguimos adelante por nosotros y nuestros hijos, para enseñarles cómo se hace un camino. No se los dejamos hecho, pero ofrecerles todas las herramientas y que hagan ellos mismos el camino de sus sueños.